

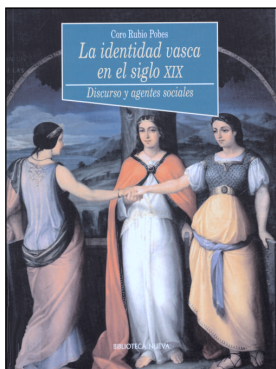
Ondorio orokor gisa esan dezakegu Zugarramurdiko eta Urdazubiko hizkerak Ipar Euskal Herriko hizkerekin duen lotura ez dela gaur egun hain estua, eta honek erakusten du desberdintasunak sortu direla Zugarramurdi-Urdazubiren eta gainontzeko nafar-lapurteraren artean.

Bibliografía bi ataletan banatua agertzen da: lehenik, liburuan zehar aipatutakoa eta bigarren ataletan bibliografía osagarria. Ikertzaileak hemendik kanpo, Europan, zer egiten den ere ezagutzen duela nabari da aipatutako bibliografiaren bidez.

Honainokoa laburbilduz, liburu honek aurretik aztertu gabe zegoen eremu baten deskribapen eta alderaketa dialektologikoa ekartzen digu, trantsizio edo mugako toki batekoa era zientifikokoan, gaurkotuan eta egokian egina, eta ekarpen interesgarriak plazaratzen ditu.

Dudarik gabe, premiazkoak dira gisa honetako lanak, bereziki Ipar Euskal Herrian, hain larria eta kezagarria izanik euskalki batzuen etorkizuna.

Orreaga Ibarra Murillo



RUBIO, Coro
La identidad vasca en el siglo XIX: discurso y agentes sociales
 Madrid : Biblioteca Nueva, 2003. - 476 p. : il. ; 24 cm.
 - ISBN: 84-9742-119-1

Con este libro Coro Rubio Pobes escribe otro capítulo, cargado de documentación y bibliografía, en la ya larga senda del estudio de la historia vasca y nos ofrece un trabajo de visita obligada para todo aquél que desee adentrarse en la ardua tarea de desentrañar el pasado.

A través de 476 páginas, la autora reconstruye el discurso que las elites intelectuales del mundo político, cultural y religioso del País Vasco decimonónico elaboraron con el propósito de definir y divulgar un código de identidad colectivo capaz de permitir a todos los vascos reconocerse como miembros de un país, pueblo o nacionalidad singular.

La fortaleza de una cultura foral y de una administración propia; el difícil encaje del territorio vasco en el proceso de construcción del Estado liberal; y el fracaso o debilidad del proyecto nacionalizador español –escribe Rubio Pobes– abonaron el terreno para construir la identidad vasca.

Esta construcción –prosigue– fue protagonizada en un primer momento por elites intelectuales procedentes del mundo político vascongado y de adscripción ideológica diversa que no crearon su discurso sobre el vacío, sino que bebieron de elaboracio-

nes identitarias y de un discurso identitario previos puestos por ellas al día. Los fueristas vascongados, hegemónicos en las instituciones, llevaron la batuta en este proceso pero carlistas, liberales y luego demócratas y republicanos también participaron en él.

Su elemento central fue la afirmación de la *común identidad de todos los vascos* (histórica, jurídica, cultural...) referida fundamentalmente a los vascongados, aunque en ocasiones también a los navarros y, más testimonialmente, a los vascos del norte. Los fueros, el catolicismo, la historia y el doble patriotismo, vasco y español, incluso cierto componente étnico-cultural encarnado en la lengua éuskara, constituyeron los ingredientes esenciales de esa identidad vasca decimonónica. Unos ingredientes que harían a esa comunidad radicalmente distinta a otras existentes en el seno de la monarquía, tan distinta que constituiría una *nacionalidad* diferenciada dentro de la nación española.

Las elites culturales trabajaron con el mismo objetivo. Desde mediados de siglo se publicaron novelas, leyendas, cuentos, poemas, piezas teatrales en las que se recreaban los mitos historiográficos y se exaltaban las raíces culturales y fundamentalmente lingüísticas de la nacionalidad de los vascos. La edición de obras sobre monumentos del país, guías de viaje, estudios monográficos y revistas culturales, formaron parte también del conjunto de instrumentos que utilizó el movimiento cultural vasquista. La fundación de centros culturales y sobre todo la celebración de fiestas éuskaras a uno y otro lado de los Pirineos completaron su labor de fomento y desarrollo de la cultura vasca, que desde 1876 fue conocida como *Renacimiento éuskaro*.

El papel que la educación pública pudo desempeñar en ese proceso de construcción, fue –afirma la autora– pequeño. La escuela decimonónica, considerada por lo general un medio de castellanización forzosa y desvasquización del país, fue ante todo un instrumento de formación cristiana y por ende de control social de la Iglesia.

La labor de esta institución –precisa Rubio Pobes– fue todavía más compleja. La Iglesia fue un instrumento *pasivo*, en la medida en que sirvió al discurso político sobre la unidad y singularidad de la comunidad vascongada y a la estrategia desplegada por las autoridades forales para hacerla efectiva más allá del plano discursivo. Pero también se erigió en un agente *activo* al contribuir a definir y a fijar en el imaginario colectivo ciertos contenidos de la identidad vasca: la esencial y fuerte religiosidad de los vascos; el valor de los fueros, trasunto de esa religiosidad o el aprecio a los rasgos culturales específicos de la comunidad encarnados en la lengua éuskara.

Lo escurridizo de todo lo relacionado con *lo vasco* dificulta hasta la concreción de significantes y significados. Así parece que la autora deseara centrarse en las Vascongadas, pero que los hechos, no sólo el propio discurso vascongado de completar el *Irurak-bat*, con el *Lurak-bat* o el *Zazpiak-bat*, la obligaran a no poder olvidar ni a Navarra ni a los territorios del norte. Ese discurso, sin embargo, no sólo fue un movimiento dentro-fuera (Vascongadas hacia Navarra y Euskal Herria continental), sino que esa identidad también es deudora de las aportaciones navarras y norpirenáicas. Ellos también trabajaron en la construcción de ese discurso global de identidad.

Los navarros, por ejemplo, fueron en muchos casos pioneros e impulsores del Renacimiento éuskaro, como a menudo se encargaron de subrayar sus vecinos vascongados. Los propios socios de la Euskalerría de Bilbao manifestaron que la Asociación Euskara de Navarra fue la primera institución nacida al calor de dicho renacimiento (la Asociación Conservadora del Vascuence, formada al parecer por el

navarro Iturralde en los años 60, nunca se creó, sólo fue un proyecto). La *Revista Euskara*, altavoz de la institución navarra, fue, según sus fundadores, la *más antigua en su clase*, aunque Coro Pobes considere a la *Revista de las Provincias Euskaras*, editada en Vitoria, la primera revista cultural vasquista. Esta última revista fue la que en 1880 se trasladó a Madrid, la publicación navarra siempre se editó en Pamplona.

Al norte de los Pirineos también se dieron pasos que sirvieron para construir la identidad vasca. Los juegos florales éuskaros inaugurados el año 1853 en Urruña por d'Abbadie, cruzaron los Pirineos precisamente por Navarra en 1879 y luego inundaron la geografía vascongada. Pero el ejemplo del vasco-irlandés fue más allá. Iturralde, pilar fundamental en el nacimiento de la Asociación Euskara de Navarra, reconoció que con su fundación únicamente deseaban hacer lo que d'Abbadie y otros hacían entre sus paisanos.

Esa construcción compartida tuvo, en palabras de la autora, un carácter *excepcional*, pues para el caso vasco y en lo que al siglo XIX se refiere, no resulta útil el esquema según el cual a una primera etapa en la que elites intelectuales elaboran y difunden un discurso identitario de contenido cultural sigue una segunda en la que saltan a lo político, y finalmente una tercera etapa en la que las demandas políticas se popularizan y se desarrolla propiamente un movimiento nacionalista. A no ser que se considere fase cultural –precisa– a las aportaciones realizadas en el siglo XVIII, la construcción de la identidad vasca decimonónica mezcló la fase política con la cultural, incluso podría decirse que comenzó por la política y fue protagonizada por elites intelectuales procedentes o ligadas estrechamente al mundo político, elites culturales y en menor medida religiosas.

No siempre resulta fácil deslindar lo cultural de lo político, tampoco lo es separar a los intelectuales de los políticos. Quizá tampoco sea justo reivindicar la pureza de lo uno frente a la contaminación de lo otro. En el propio texto no queda excesivamente claro dónde termina lo uno y comienza lo otro. Se habla de unas elites intelectuales del mundo político, cultural y religioso o de elites intelectuales procedentes o ligadas estrechamente al mundo político, aún más parece querer distinguirse entre esas últimas elites intelectuales relacionadas íntimamente con lo político y unas elites que serían únicamente culturales y desconocemos si también intelectuales. No sabemos tampoco si la labor política de estos personajes estaba contaminada por su poso cultural o su trabajo cultural se encontraba tocado por su reminiscencia política. De todas formas, no deja de ser excesivo pedir para el caso vasco, como para otros, que en pleno siglo XIX hubiera no una clara diferenciación, siempre difícil, también hoy, entre una elite cultural y otra política, sino la propia existencia de una elite cultural. En Navarra, por ejemplo, hasta el último cuarto del siglo XIX no se puede hablar de elite, de grupo, cultural decidido a cambiar el mundo. Hasta entonces acaso unas pocas personas por siglo podrían ser llamadas intelectuales.

El hecho de acercarse al caso vasco bajo las coordenadas europeas y analizar a todos a la luz de las mismas preguntas, quizá ayude a que se tambalee la realidad o el mito de su excepcionalidad. Sorprende ya que en todos los lugares, salvo en el nuestro, se haya repetido ese pretendido esquema idílico. Tal vez ni los unos sean tanto ni los otros tan poco, ni los unos sean tan culturales ni los otros tan políticos. Como los propios protagonistas dijeron, ellos sólo hacían por su tierra lo que otros hacían por la suya. Lo que además de volver a resaltar la normalidad vasca, subraya la consciencia de su elite. Ellos eran sabedores del renacimiento cultural, científico y político que vivía su tierra, de que ese despertar afectaba a otros lugares de la Península y del resto de Europa y del papel que en ese movimiento a ellos les había tocado desempeñar.

Pero esa sombra política, esa sombra de excepcionalidad parece querer alargarse también al excesivo peso que para el caso vasco tendría lo mítico y legendario (lo subjetivo, lo político) frente a lo histórico y científico (lo objetivo, lo cultural). Esa excepcionalidad queda resaltada con las páginas dedicadas al *vehículo literario en la construcción identitaria. La literatura histórico-legendaria*, y la carencia de algo relacionado con los estudios históricos. Unos estudios históricos que darían una pátina objetiva y científica, siempre a salvo del mito y la leyenda, a la construcción de la identidad vasca y que la volvería a diferenciar de otras construcciones identitarias, más culturales, más objetivas.

Pero muchos de aquellos personajes que cultivaron esa *literatura histórico-legendaria* obtuvieron el reconocimiento de la Real Academia de la Historia, fueron nombrados correspondientes de la máxima institución histórica española, reorganizada según el modelo francés. Por tanto, su producción intelectual, centrada mayoritariamente en los campos de la etnohistoria y la historiografía política, respondió al nivel exigido por la ciencia histórica del momento con independencia de su valor científico actual. Una ciencia histórica que por esos años se hallaba en pleno proceso de definición y que intentaba aunar historia y folclore, leyendas, tradiciones, cuentos...

No deja de ser significativo que el siglo XIX fuera el siglo de la Historia y de los nacionalismos, como si el alumbramiento de una nueva forma de ver el mundo necesitara la ayuda de la Historia o como si los estudios históricos trajeran el descubrimiento de nuevas patrias. Otra vez el parámetro europeo quizá dé las claves que vuelvan a situar al caso vasco fuera del ámbito de lo excepcional. Porque efectivamente resulta excesivamente excepcional que de nuevo todos descubran la Historia, todos descubran la nación, y nosotros, no, que nosotros únicamente debamos quedarnos con la nación y sin Historia, sin nada. Acaso demasiada excepcionalidad, quizá excesiva diferencia, casi siempre negativa, como para no plantearse nuevos caminos, aunque al final nos lleven, o no, al mismo lugar.

José Luis Nieva Zardoya



Les STÈLES discoïdales et l'art funéraire basque: hil harriak

Baiona : Lauburu ; Donostia : Elkarlanean, 2004. - 187 p. : il. col. y n. ; 24 cm. - ISBN: 2-913156-55-X (Lauburu), 84-9783-048-2 (Elkarlanean)

Con motivo de cumplirse los 50 años de la aparición de la obra *Tombe basque* (1974) de Louis Colas, la sociedad cultural Lauburu de Bayonne ha tenido la buena idea de publicar *Les stèles discoïdales et l'art funéraire basque: hil harriak*.